

El Museo del Hombre entre 1938 y 1949: un museo bajo presión*

Christine Laurière

Como si del calendario maya se tratara, el proceso de destrucción/creación de un museo de antropología en Francia obedece a un ciclo sexagesimal. Desde 1878, cada sesenta años un nuevo proyecto –Museo de Etnografía del Trocadero, Museo del Hombre, Museo del Quai Branly– fue sucediendo a otro, capitalizando los mismos fondos de colecciones públicas, que han ido aumentando con las reestructuraciones y adquisiciones. Esta historia entrecortada, a veces vacilante, está salpicada de triunfos que dos generaciones más tarde se transforman invariablemente en fracasos, cuando los éxitos de una época derivan en un callejón sin salida, un declive institucional e intelectual, debido a la rápida obsolescencia de este tipo de instituciones. La reconfiguración del campo museístico va siempre acompañada de una retórica que, en el mejor de los casos, se basa en planes que borran de un plumazo el antiguo orden, y en el peor, en una combinación de imprecaciones excomulgantes. Supone una redefinición de los retos científicos, una renovación del discurso destinado a la comunidad científica y al público. Asimismo, obedece a auténticos desafíos políticos, como si a la nación, sus dirigentes y sus científicos, pero también a la sociedad, les costara identificarse con esos lugares que, en definitiva, se consideran problemáticos por cuanto cuestionan la realidad del mundo, su orden simbólico y afectan al relato nacional francés, cuyos ecos se ven, por lo tanto, más o menos distorsionados, como si fuera preciso redefinir regularmente la identidad y el lugar del binomio –jamás reificado definitivamente– que forman el Otro y Nosotros en nuestra sociedad, según nuevos cánones, en un contexto geopolítico, social, cultural cambiante. Esto es señal también de los cambios en los paradigmas científicos e intelectuales que ponen en cuestión nuestras convicciones y nuestros cuadros sinópticos. Esta crucial dimensión *política* de la ciencia, en su aspecto ideológico, sectario, militante, pero también de la política científica e institucional, no debe ser ignorada porque contiene importantes lecciones.

* La versión original de este texto se publicó en el libro editado por Claude Blanckaert, *Le Musée de l'Homme: Histoire d'un musée laboratoire*, Muséum national d'histoire naturelle, en 2015.

1938. UN MUSEO FRACTURADO

La creación del Museo del Hombre no escapa a esta regla: es un «ave fénix renacido de las cenizas del Museo de Etnografía del Trocadero», recordaba Georges Henri Rivière, subdirector y protagonista destacado de la «gran aventura del período 1928-1937»¹ de la antigua institución. Paradójicamente, su destrucción llegó en el momento en el que el Trocadero acababa de realizar su transformación, después de ocho años de una profunda renovación y reestructuración que había costado cerca de nueve millones de francos.

Denise Paulme, habiéndose enterado de la noticia en Sanga, país dogón, gracias a una carta de su compañero André Schaeffner, reaccionó de manera visceral:

La demolición del Troca me entristece. Es un auténtico crimen. No solo afecta a la obra consagrada sino también, me temo, al espíritu que nos movía a todos; será muy difícil volver a construirlo todo en 1937, ¿habrá pensado en ello Rivet? Qué pesar para GHR [Georges Henri Rivière], me llena de tristeza que nos hayamos dispersado.²

Desde el verano de 1935, momento en que se cierra el Museo de Etnografía del Trocadero para iniciar las obras del palacio de Chaillot que albergará el futuro Museo del Hombre, el temor a que desaparezca «el espíritu Trocadero» sobrevuela las conversaciones y las cartas del entregado equipo que había trabajado con tesón y había logrado sacar el museo del limbo que había quedado estancado desde los años 1890. «El bello Trocadero me recuerda a un barco a la deriva a punto de naufragar», profetiza Alfred Métraux en abril de 1936, muy pesimista tras la lectura de las misivas de sus colegas y amigos como Yvonne Oddon, Henri Lehmann, desanimados por esta nueva obra que maltrata las colecciones e impone condiciones de trabajo extenuantes en medio de los escombros.

Estas reacciones se entienden mejor si se conoce todo lo que debe este trabajo de modernización del Trocadero a la «pequeña familia etnográfica»³ dotada de un sólido espíritu corporativo creado por y para servir a una tarea colectiva, reunida por Paul Rivet y Georges Henri Rivière. Haciendo gala de un entusiasmo contagioso, capaz de detectar y despertar vocaciones, de confiar importantes responsabilidades a novicios que se iban formando sobre la marcha, movilizaron en torno a ellos a un «pequeño ejército de unos cincuenta» expertos profesionales y voluntarios devotos procedentes de todos los ámbitos, que se renovaba al ritmo

1. Georges Henri Rivière : «My experience at the musée d'ethnologie. The Huxley Memorial Lecture 1968», *Proceedings of the Royal Anthropological Institute of Great Britain and Ireland*, 1968, pp. 17-21, esp. pp. 18 y 17 respectivamente.
2. Carta de Denise Paulme a André Schaeffner, lunes 29 de julio de 1935, en Denise PAULME y Deborah LIFSCHITZ : *Lettres de Saga*, editadas por Marianne Lemaire, Paris, CNRS Éditions, 2015, p. 120.
3. Carta de Paul Rivet a Georges Henri Rivière, 22 de diciembre de 1931 (archivos BCM, 2 AP 1 D).

de las promociones de estudiantes del Instituto de Etnología y del tiempo disponible de unos y otros –la cifra llegó a alcanzar el centenar–. Paul Rivet y Georges Henri Rivière confiaron en su red de conocidos mutuos; permitieron unirse a ellos a personalidades atípicas, autodidactas (como André Leroi-Gourhan) que estaban dispuestos a aceptar los avatares de una carrera todavía muy incierta. Georges Henri Rivière, nombrado subdirector del museo en mayo de 1928, adoptó inmediatamente medidas decisivas para la eclosión del espíritu de equipo, para la aparición de un ambiente a la vez de estudio y de cordialidad que unió a todos en torno a una obra científica transcendental. A finales de 1929 creó una cantina con largas mesas, financiada mediante las ayudas de la Sociedad de Amigos del Museo de Etnografía del Trocadero y sus propios recursos, en la que podía comer gratis todo el personal. Hizo acondicionar una gran sala común de trabajo donde «se codeaban científicos en formación y veteranos, gente de la vanguardia, mujeres de mundo»⁴ ociosas, que no escatimaban esfuerzos para transformar un lugar polvoriento en un museo atractivo, moderno y popular. Las salas de trabajo parecían «un bullicioso enjambre de jóvenes asistentes [que] describían objetos etnográficos, los numeraban, los dibujaban».⁵ Marcel Cohen recuerda que para relajarse «[se habían colocado] mesas de *ping-pong* entre las estatuas mexicanas».⁶ Con bastante frecuencia se trabajaba hasta bien entrada la noche bajo la presión de una exposición inminente, porque las últimas cajas de objetos llegaban con retraso. La polivalencia de sus miembros era la regla en el museo; a menudo los guardias echaban una mano con el montaje de las exposiciones, el desembalaje de las cajas, la preparación de las salas. Las exposiciones se sucedían a un ritmo vertiginoso: entre 1930 y 1935 se organizaron unas sesenta. Algunas tardes Rivière organizaba en el museo *parties* con orquesta para agradecer a los voluntarios su trabajo. Los sábados por la tarde, «tras una semana de estimulante trabajo colectivo», un pequeño grupo de etnólogos tenía por costumbre acudir al baile antillano de la calle Blomet, «lugar de encuentro de la vanguardia intelectual y artística de París por aquel entonces».⁷ Cuando marchaban a una misión, los etnólogos escribían para dar noticias y recibir las del Troca, que venía a ser como su segunda familia. En el Trocadero reinaba una fuerte endogamia, no solo entre los etnólogos jóvenes; las parejas se hacían y se deshacían.

Aunque no podemos entrar en detalle, es preciso destacar varios hechos. La inmensa mayoría de los estudiantes (que debían trabajar en el museo y familiarizarse con los objetos durante sus prácticas) procedían de ámbitos intelectuales

4. Georges Henri RIVIERE: «Témoignage», en Solange de GANAY et al. : *Ethnologiques: hommages à Marcel Griaule*, París, Hermann, 1987, p. X.

5. Georges Henri Rivière, radio conferencia en el MET, s.d. [principios de 1935], p. 6 (archivos BCM, 2 AM 1 K81b).

6. Marcel COHEN: «Sur l'ethnologie de la France», *La Pensée*, 105, 1962, p. 91.

7. Henri LEHMANN: «Alfred Métraux», *Cuadernos. La Revista Mensual de América Latina*, julio, 74, 1963, p. 9.

y de medios sociales muy diversos, lo que demuestra que la etnología, ciencia en construcción al tiempo que federación de disciplinas, no podía mostrarse exigente respecto de la impecabilidad de la trayectoria académica de sus reclutados. Un perfil como el de Jacques Soustelle (el agregado de filosofía más joven de Francia) era, por aquel entonces, poco común. La etnología, si la comparamos con otras ciencias sociales, acogía a una importante proporción de mujeres, que constituían en torno a una quinta parte de los estudiantes y que también realizaban trabajo de campo, ya fuera con una colega (Thérèse Rivière con Germaine Tillion en el Aurés), con un compañero (Dina con Claude Lévi-Strauss), o en grupo (misión Sahara-Sudán en 1935, con Hélène Gordon y Solange de Breteuil, bajo la responsabilidad de Marcel Griaule). El Museo del Trocadero se caracterizaba también por su carácter cosmopolita: acogió, además de a los ciudadanos franceses de las colonias o antiguas colonias (Jacques Roumain, Paul Hazoumé), a numerosos extranjeros (en particular rusos blancos como Anatole Lewitsky, judíos alemanes exiliados como Henri Lehmann, Paul Kirchoff, Curt Sachs, emigrados de Europa Central como Georges Devereux, Deborah Lifschitz) a quienes Rivet y Rivière ayudaron a instalarse en París, interviniendo para agilizar su obtención de la nacionalidad, o recomendaron si solo se quedaban algunos meses antes de viajar a los Estados Unidos. Era un ambiente profesional mayoritariamente joven; la mayor parte de los miembros del personal, estudiantes y voluntarios, rondaba la treintena, o menos. La fuerte solidaridad en el seno de este pequeño grupo –que no significaba en absoluto la ausencia de tensiones, desacuerdos y rivalidades– salta a la vista del historiador con la lectura de los testimonios de los actores del período 1928-1935 del Trocadero y de los archivos de las instituciones, puesto que el museo generaba una entrega afectiva que iba más allá del ámbito estrictamente profesional.

Hay que desmentir la idea de que existe una continuidad entre el Trocadero de 1928-1935 y el Museo del Hombre; el segundo no es heredero del primero, literalmente lo destripó, le cortó las alas y, por las propias necesidades de la ofensiva propagandística del nuevo museo inaugurado en junio de 1938, Rivet acabó por silenciar el trabajo llevado a cabo con anterioridad para que no interfiriera en la imagen y el discurso del nuevo Museo del Hombre. Como «alma»⁸ del Trocadero, y habiendo trabajado en el proyecto del Museo del Hombre hasta julio de 1937, Rivière conoce, según su propia confesión, el «extraño, cruel y fascinante destino de tener que abandonar una tarea en el momento mismo de su ejecución»,⁹ puesto que asumió la dirección del Museo de las Artes y Tradiciones Populares creado a partir de las colecciones rurales francesas de las que se deshizo el nuevo Museo del Hombre. Con la excepción de Rivière, la estabilidad del equipo (científico y

8. André LEROI-GOURHAN: *Les Racines du monde. Entretiens avec Claude-Henri Roquet*, Paris, Bel-fond, 1982, p. 135.

9. Georges Henri RIVIERE: «My experiences at the musée d'Ethnologie. The Huxley Memorial Lecture 1968 », *art. cit.*, p. 18.

técnico), con refuerzos recientes y ausencia de algunos que estaban realizando trabajo de campo, asegura la transición entre las dos instituciones. André Schaeffner propone la denominación Museo del Hombre durante una de las reuniones semanales de los encargados de los departamentos en otoño de 1933, que es inmediatamente adoptada por Paul Rivet y Georges Henri Rivièrè.

El proyecto científico y la ambición intelectual que subyacen a la creación del Museo del Hombre son muy diferentes, así como lo es el momento histórico, que ha cambiado dramáticamente. Ya no se trata solamente de un museo etnográfico, consagrado a la cultura material de las civilizaciones primitivas y a su puesta en valor, sino de un museo del hombre biológico y cultural puesto que el nuevo museo también alberga colecciones de prehistoria, de paleontología, de antropología física, procedentes del Museo Nacional de Historia Natural, cambiando así radicalmente la configuración general de la institución, la relación entre las disciplinas. También cambia el discurso destinado al público en una época tan convulsa, lo cual no evita las ambigüedades: antirracista (vehemente, sobre todo respecto al antisemitismo y la negación de la superioridad de la «raza aria» entre las poblaciones europeas) pero racalista (distinción clásica entre las tres «razas»), humanista pero colonialista, culturalista pero también esencialista puesto que fija las sociedades en una pureza ilusoria. El Museo del Hombre recolecta, preserva y presenta los archivos de la humanidad bajo todas sus facetas: prehistóricas, físicas, culturales, tecnológicas. Explica al visitante los orígenes del hombre; muestra la diversidad física dentro de la unidad de la especie humana, la diversidad cultural. A partir de mayo de 1935, con el ascenso de Paul Rivet a responsabilidades políticas (se convierte, gracias a la unión de las fuerzas de izquierda, en concejal municipal del barrio de Saint-Victor de París, prefigurando con su elección la posibilidad misma de un Frente Popular unido), la función y la propia definición del museo van a evolucionar claramente. El ideal político de la divulgación del saber entre las masas trabajadoras se corresponde a la perfección con las aspiraciones ideológicas de Rivet que mantenía una concepción militante de la etnología como disciplina vigilante, «escuela de optimismo», herramienta al servicio de la educación del pueblo en la diversidad y la alteridad, con el fin de combatir los estereotipos sobre las poblaciones que se consideraban, aún entonces, abiertamente primitivas o atrasadas.

Únicamente Paul Rivet hubiera logrado crear el Museo del Hombre: solo él disponía de los resortes institucionales, la autoridad y la habilidad política para encarnar e imponer esta unión disciplinaria a la que, de forma un poco forzada, había rebautizado en los años 1920 como «etnología» para evitar la amalgama con la Sociedad de Antropología de París. Ello no significa que esta unión no resulte casi contra natura, o al menos anacrónica, si se tiene en cuenta la tendencia imperante en el naciente campo de las ciencias humanas y sociales que se fundamentaba, desde finales del siglo XIX, en la disciplinarización, la autonomía de las ciencias que habían estado hasta entonces bajo el magisterio de una an-

tropología que pretendía ser generalista (prehistoria, paleontología, lingüística, etnografía, psicología, sociología, historia de las religiones, etc.), pero estrechaba su perímetro en torno a la antropología física, el núcleo duro que la aproximaba a las ciencias naturales y favorecía su legitimación. Otra singularidad: en relación con los países con una tradición antropológica fuerte y antigua (Alemania, Gran Bretaña, Estados Unidos), no deja de sorprender el lugar central que ocupa el Museo del Hombre en el dispositivo de enseñanza e investigación. En esa época, los años 1920-1930, los vínculos institucionales y de retroalimentación entre los museos etnográficos y la disciplina antropológica están en proceso de distensión a medida que la disciplina adquiere autonomía intelectual gracias a su anclaje universitario y se aleja conceptualmente de los objetos etnográficos, de la cultura material, para convertirse en una antropología social o cultural. En Francia ocurre todo lo contrario: hasta finales de la década de 1960, las relaciones son consubstanciales, incluso de fusión. ¿Hubiera sido posible otra configuración? En 1927, Rivet prepara su candidatura para la cátedra de antropología del Museo Nacional de Historia Natural (*Museum*), para la cual será elegido en marzo de 1928 a pesar de una intensa campaña orquestada por aquellos que temen que la desnaturalice introduciendo literatura –entiéndase etnografía– allí donde solo debería haber biología, anatomía y fisiología. En esta época, Rivet pretendía acercarse oficialmente al Museo de Etnografía del Trocadero a la cátedra de antropología del *Museum*, para conseguir la creación de puestos de trabajo (entre ellos uno de subdirector) en favor del museo, muy pobremente dotado. Su amigo sociólogo Marcel Mauss, que compartía con él la dirección del Instituto de Etnología, se inclina más bien por otra configuración: la vinculación con la Facultad de Letras de la Universidad de París, y por tanto con el Instituto de Etnología. Rivet sabe mostrarse convincente y consigue acallar las divergencias, porque la apuesta es importante. La reacción de Mauss recuerda que la etnografía podía valerse de una filiación intelectual diferente a la naturalista, que había concedido mayor importancia a la sacudida epistemológica que supuso tener en cuenta los materiales etnográficos al trabajar los fundamentos de la reflexión en disciplinas como la historia y la sociología, las religiones, el derecho, la filología y la lingüística, la filosofía, la psicología, etc. Si Marcel Mauss se aviene a aceptar un acercamiento institucional como este, que mantiene la etnología bajo la dependencia de las ciencias naturales, es porque la trayectoria científica del propio Rivet le garantiza que la etnografía no será ignorada en beneficio de la antropología física y de la prehistoria. Rivet, considerado un renegado para la mayoría de los anatomistas y antropólogos físicos franceses influyentes durante los años 1920, tras una misión de cinco años en Ecuador (1906-1911) se alejó rápidamente de la antropometría del principio de su carrera, a finales de la década de 1910, por su reducida capacidad explicativa, para consagrarse a estudios de tecnología cultural, de lingüística y más adelante a la cuestión de los orígenes de las grandes migraciones humanas a lo largo de la historia –temáticas y problemáticas que constituyen el armazón intelectual del Museo del Hombre.

1938. UN MUSEO PROMETEICO

La inauguración del museo, organizada con maestría por Paul Rivet y Jacques Soustelle (que sustituyó a Georges Henri Rivière como subdirector), la tarde del 20 de junio de 1938, «con gran pompa oficial de vestidos de gala, fracs y uniformes»,¹⁰ llena de orgullo al personal, que presenta constantemente su museo como «el museo más moderno del mundo». Algunos días antes se había producido una inauguración «obrera», reservada al personal y a todos los cuerpos de obreros que habían intervenido en la construcción y acondicionamiento del museo. Había llegado el momento. La apertura del museo, que debía coincidir con la celebración de la Exposición Internacional del año anterior –incluso se había fijado una fecha, el lunes 9 de agosto de 1937–, había sido pospuesta en diversas ocasiones a causa de los problemas presupuestarios y los atrasos acumulados por las grandes obras. Del seguimiento de las obras del museo y de velar por su finalización se encarga Anatole Lewitsky, no sin penas y fricciones con los arquitectos. Paul Rivet debe luchar contra viento y marea, y hacer uso de todos sus contactos políticos para conseguir que se terminen a la carrera los trabajos de obra mayor y de acondicionamiento interior de las salas. Porque el cierre del museo, desde hace ya tres años, cuesta muy caro puesto que no se ingresa dinero alguno. A la espera de una próxima apertura que se aplaza sin cesar, el museo invierte diez mil francos al mes en el personal extra, contratado para echar una mano al equipo habitual. En los últimos meses, el trabajo para poder cumplir las «promesas hechas al público» es abrumador. A la pregunta: « c mo acelerarlo?», la solución propuesta por Jacques Soustelle suena a máxima: «No hay que adaptar el trabajo al horario sino el horario al trabajo».¹¹ Y a partir de mediados de abril habrá que trabajar hasta bien entrada la noche. Además, el museo no abrirá todas sus salas. La mayor parte de los servicios técnicos y los departamentos aún no est n instalados en sus locales definitivos puesto que las obras no han terminado. De igual modo, muchas colecciones permanecen guardadas en cajas. Pero lo que importa es el gesto simbólico: el museo, después de un largo período cerrado al público, abre al fin. El resultado final es más prudente, menos audaz de lo que habían imaginado el equipo científico del museo y Rivet: ya no hay sala del tesoro (como en el antiguo museo, que permitía presentar objetos excepcionales según cánones est ticos), ni sala de sociología, ni salas y recorridos pedagógicos destinados a los niños, ni sala de las «buenas falsificaciones» para relativizar los criterios de autenticidad tan apreciados por los historiadores del arte clásico y para educar la mirada de forma crítica –tantos elementos que habrían hecho más *etnográfico* el museo, mientras que lo que se

10. Michel LEIRIS: «Du musée d'ethnographie du Trocad ro au musée de l'Homme», *Nouvelle Revue Française*, 1 de agosto de 1938.

11. Informe general del 6 de abril de 1938, para todas las citas (archivos BCM, 2 AM 1 D14d).

presenta en este «templo del hombre» es una ciencia de síntesis, que asocia prehistoria, antropología física y etnografía.

La velada inaugural ilustra, de forma deliberadamente paradójica, las complejas relaciones que mantenía el Museo del Hombre con el mundo de la cultura y el objeto etnográfico. Michel Leiris fue el primero en señalarlo, recordando que esta paradoja estaba gravada en letras doradas en el frontón del museo –se refería a las estancias de Paul Valéry, amigo íntimo de Paul Rivet–: «Cosas extrañas o cosas bellas / Aquí sabiamente reunidas / Instruyen a la mirada a observar / Como nunca se han visto / Todas las cosas que existen en el mundo». Bien mirado habría sido más juicioso colocar esas estancias en el frontón de un museo de bellas artes, ya que como recibimiento del visitante del Museo del Hombre se las asocia falsamente a la filosofía del objeto y de la cultura desarrollada en sus salas. Otra paradoja que conviene señalar: ¿qué se escuchaba en la gala de inauguración? En absoluto un florilegio de cantos del mundo –pese a que el museo fue el primero en crear un departamento de etnomusicología–, sino una obra de música culta realizada por dos miembros de la vanguardia artística parisina: una *Cantata* compuesta por Darius Milhaud sobre un texto de Robert Desnos. Una vez más, esta asociación hace pensar más en un museo de arte moderno occidental que en un museo de etnografía «exótica». Ello es ilustrativo de las estrechas relaciones que desde hace diez años mantienen las vanguardias artísticas y el museo. La genialidad del nombre *Museo del Hombre* contribuye también a difuminar las fronteras: «Nada humano me es ajeno» parece afirmar, a la manera de Terencio. Y, sin embargo, toda la museografía del Museo del Hombre, la concepción del objeto (analizado como objeto testimonio), de la cultura (entendida como cultura material), está en las antípodas de estas alianzas circunstanciales. Inspirándose en los preceptos enfatizados por Marcel Mauss y Paul Rivet en sus cursos del Instituto de Etnología, Michel Leiris, autor anónimo de las *Instrucciones sumarias para los recolectores de objetos etnográficos*, prevenía a estos mismos recolectores contra «las cosas raras o bellas», contra los prejuicios de la pureza de estilo y de la singularidad, retomando la provocativa fórmula de Mauss que concedía mayor valor informativo, documental, a una lata de conservas que a la «joya más suntuosa o el sello más singular». Para Paul Rivet, exponer estos objetos, estos artefactos, significa estudiar e intentar comprender cómo la cultura se pone en acción, se fabrica, cómo el hombre transforma el mundo y cómo se transforma a sí mismo al hacerlo. Se esfuerza en restituir su valor de uso a estos objetos, pero también lo que podríamos denominar su valor añadido, es decir, todo aquello que aporta el hombre al trabajar, dar forma a la materia bruta, en campos tan diversos como la metalurgia, la cerámica, la plumajería, el tejido, etc. Tanto para el equipo científico del Museo del Hombre como para Rivet, el hombre es ante todo un *homo faber*, un ser que fabrica, que se realiza en prácticas que son indisolublemente manuales e intelectuales. Rivet, más allá de las preocupaciones exclusivamente estéticas –porque no olvida que fabricar

un objeto útil puede ser también fabricar un objeto bello—, pone en marcha un principio epistemológico que busca rehabilitar las creaciones manuales, los procesos de conocimiento que intervienen en el acto creador, el acto de fabricación. En resumen, no vacila en recordar «los laboriosos orígenes» de los objetos expuestos.¹² Por lo tanto, los objetos expuestos no son necesariamente, y únicamente, objetos excepcionales por su calidad plástica, formal; son, antes que nada y sobre todo, «pequeños objetos»,¹³ objetos cotidianos fabricados gracias al ingenio de artesanos desconocidos, obreros olvidados que han trabajado por la emancipación del hombre gracias a la herramienta y al saber empírico. Paul Rivet propone la escritura de una historia diferente, que favorezca las contribuciones anónimas de los artesanos de lo cotidiano que proporcionan a los hombres los medios para dominar su entorno natural, adaptarse a él y explotar sus riquezas. Una concepción prometeica de la tecnología sustenta su forma de hacer historia y su defensa de las sociedades no occidentales: el progreso de unos es el progreso de todos y se suma al patrimonio común. Desde este punto de vista, la creación del departamento de artes y técnicas, cuya organización se confió inicialmente a Anatole Lewitsky en mayo de 1939 y más tarde a André Schaeffner y André Leroi-Gourhan, y cuya galería de exposición cierra el recorrido de la visita del museo, tiene un valor capital.

La confluencia entre el sabio y el político, entre el etnólogo (uno se siente tentado a escribir el *ideólogo*) y el hombre de izquierdas opera a través de este alegato. Invasado de un fervor y celo pedagógicos, consciente de la función de servicio público que le corresponde, Paul Rivet quiere hacer comprender a las masas populares, a los trabajadores manuales que penetren en las salas del museo, todo lo que tienen en común con los salvajes y primitivos: el gesto y la palabra, la técnica y el arte. Quiere demostrar, con apoyo de las pruebas, con apoyo de los objetos, que se trata injustamente a estas sociedades, condenadas erróneamente por su primitivismo, su arcaísmo, su incapacidad para dominar su entorno natural. Jacques Soustelle, consciente de las responsabilidades morales del museo, se convierte en un fiel portavoz de las misiones que le han sido asignadas: «No hay nada más interesante y reconfortante que el espectáculo del ingenio y de la pericia que demuestran todos los pueblos del mundo, y no hay nada más adecuado para hacernos creer, pese a todo, en el futuro de una especie aparecida tardíamente sobre la tierra y que a veces parece dispuesta a provocar su propia extinción».¹⁴

12. Denis HOLLIER: «La valeur d'usage de l'impossible», prefacio a la reimpresión de *Documents*, Paris, Jean-Michel Place, 1991, p. XI.

13. *Ibid.*

14. Jacques SOUSTELLE: «Le musée de l'Homme, outil de l'enseignement populaire», École libératrice, 1 de octubre de 1938.

1938-1939. EL DÍA A DÍA DEL MUSEO

El museo, por su disposición interna, la museografía, las actividades propuestas al público rompe radicalmente con lo que ofrecen los otros museos parisinos. Paul Rivet insiste en ello precisamente: más que un museo con sus tradicionales galerías de exposición, más que un museo laboratorio que agrupe documentación, enseñanza, publicaciones e investigación, se trata de una ciudad científica y cultural, con sus conferencias, su programa de cine permanente, sus veladas de músicas y danzas «exóticas», su audición comentada de discos, su bar, su librería, su biblioteca abierta al público. Las actividades culturales nocturnas programadas los jueves, viernes y sábados de 21:00 a 23:00 horas, resultan un éxito. André Schaeffner se encarga de la programación, con la colaboración de M. Dolinet para la sección de cine. En los primeros seis meses desde la apertura el museo acoge a cerca de setenta mil visitantes, entre estos alrededor de ciento cincuenta grupos escolares, asociaciones culturales y sindicales que se benefician de una entrada gratuita. El museo se mantiene fiel a su espíritu aperturista y pedagógico, orientado al mayor número posible de público. Es miembro activo de la APAM (Asociación Popular de Amigos de Museos), para la cual organiza visitas-conferencia dirigidas por el personal científico. La apertura, en enero de 1939, de las salas América, tan esperadas, en las que habían invertido mucho trabajo Georgette Soustelle y Henri Lehmann ayudados por un considerable ejército de voluntarios, genera un aumento del interés y atrae a un público aún más abundante. El domingo siguiente de la inauguración se acercaron al museo casi cuatro mil visitantes. Comparado con el período 1928-1935, el ritmo de las exposiciones temporales se redujo considerablemente –nunca volverá a ser el mismo–. Resulta muy difícil, estando como está el museo en los primeros meses en fase de rodaje, de toma de posesión del espacio y de desembalaje de las colecciones, poder siquiera pensar en una programación de exposiciones ambiciosa. La vitrina del mes, en el vestíbulo, debía renovarse regularmente y presentar a los visitantes las riquezas del museo. La exposición de apertura sobre La Korrigane se mantiene un año. Le sigue «Dos años entre los muong de Indochina (Misión Jeanne Cuisier y Lucienne Delmas)», inaugurada el 26 de mayo de 1939.

Paul Rivet nunca estuvo tan presente en el Museo de Etnografía del Trocadero como lo estará en el Museo del Hombre. El término *presente* debe entenderse tanto en su sentido literal de ocupación del espacio (un despacho, un espléndido apartamento con una gran terraza con vistas a la Torre Eiffel y al Campo de Marte, aulas en las que impartía clase) y en el de estímulo intelectual, una voluntad científica, un espíritu militante, transmitido al funcionamiento de la institución. El Museo del Hombre es su *opus magnum*, la única que reivindicó en sus últimos veinte años de vida. Se trata, sin embargo, de una obra coral y no del solo de un virtuoso. El proyecto se benefició desde el principio del incondicional apoyo de un equipo científico comprometido y motivado. A Rivet le secundan

dos subdirectores: un etnólogo americanista, Jacques Soustelle, que asume sus funciones en verano de 1937 sustituyendo a Georges Henri Rivière, pero que trabaja en el museo desde 1929; un antropólogo físico especialista en África, Paul Lester, que también ocupaba el cargo desde 1929, y que se une definitivamente al Palacio Chaillot en la primavera de 1938, cuando se trasladan las colecciones del laboratorio de antropología del *Museum* y se instala la galería permanente de antropología, de cuya planificación se encarga y que pondrá en marcha su asistente Pierre Champion. Paul Rivet atiende al personal que lo demande todas las mañanas; Paul Lester y Jacques Soustelles durante medio día tres veces por semana. Estos últimos se repartieron la responsabilidad directa de cinco o seis departamentos cada uno. En junio de 1938, el personal administrativo y científico del museo ronda las ochenta personas. Aunque parezca una cifra elevada los números no deben llevar a engaño: apenas un cuarto son funcionarios, solo una veintena de colaboradores auxiliares reciben un (escaso) salario, del resto la mayoría son voluntarios. Así, por ejemplo, André Schaeffner está a la cabeza del departamento de etnología musical con un estatus inferior de taxidermista auxiliar que no se corresponde con las atribuciones de su cargo. Seis servicios del museo están dirigidos por voluntarios, como los de etnología prehistórica, dirigido por Harper Kelley, y de Oceanía, por Charles van den Broek d'Obrenan. La escasa dotación económica del museo no permite tan siquiera garantizar su normal funcionamiento; las colecciones se vigilan, literalmente, por sí mismas, porque se supone que con dos vigilantes para las galerías públicas es suficiente; los otros cuatro se ocupan de la taquilla, la entrada, el vestuario y los recados. Como ejemplo, la ayuda del encargado de seguridad Paul Billion resulta indispensable para la instalación de las doscientas cincuenta vitrinas del museo. En el momento de la creación del Museo del Hombre, a los servicios técnicos, la biblioteca y la fototeca, se suman diez departamentos científicos: uno dedicado a la antropología física (dirigido por Paul Lester), otro a la etnología prehistórica y los ocho restantes a la etnografía. Exceptuando los de etnología musical (confiado a André Schaeffner) y de tecnología comparada (Anatole Lewitsky), que son transversales, el resto obedece a una distribución geográfica: África Blanca y Levante (Thérèse Rivière), África Negra y Madagascar (Michel Leiris y Jacques Faublée), América (Georges Soustelle), Europa (Marie-Anne Cochet), Oceanía (Charles van den Broek d'Obrenan), un departamento de Asia (Marcelle Bouteiller) reforzado por dos secciones dedicadas a los pueblos árticos (Boris Vildé a partir de febrero de 1939) y a la URSS (Sra Miakotine). Paul Rivet embarca a los etnólogos, al personal científico en su conjunto, así como a su extensa red de relaciones profesionales, en las grandes empresas editoriales colectivas que él coordina, y que afirman el posicionamiento central del museo en el campo de las ciencias sociales y humanas: el séptimo tomo de la *Enciclopedia francesa* (dirigido por Lucien Febvre), dedicado a «La especie humana» y publicado por entregas entre 1936 y 1937; el triple número de la revista *Races et Racisme* de diciembre

de 1939 sobre la «Ciencia de las razas en el Museo del Hombre», que desmonta una a una las tesis racistas nazis y la ideología racialista basada en la desigualdad.

UN EQUIPO UNIDO POR EL TRABAJO

Una vez establecido el museo y el personal instalado se pone en marcha progresivamente una rutina de trabajo. Los responsables de los departamentos se reúnen todos los jueves por la tarde para informar sobre sus actividades y sus proyectos. El primer jueves de cada mes se hace una puesta en común general a la que está obligado a asistir todo el personal. El orden del día se establece de forma colegiada: cada uno dirige sus preguntas, las cuestiones a tratar, la secretaria se encarga de recopilarlas. Desde el otoño de 1938, el responsable de cada departamento presenta un informe mensual que permite valorar las actividades de sus miembros: ordenación de las revistas, estudio de las colecciones, redacción de fichas metódicas y descriptivas, recepción de colecciones, mejora de las galerías permanentes bajo su competencia, formación y trabajo de los voluntarios, conferencias impartidas, publicaciones de los miembros del departamento, etc. Se reciben muchas visitas de colegas extranjeros, que contribuyen de forma duradera a la proyección internacional del museo. Cada departamento se encarga de la formación de sus voluntarios y dirige su propio «grupo de estudios etnológicos» formado por los estudiantes del Instituto de Etnología que van a especializarse en la correspondiente área geográfica. Se reúnen en la sala de trabajo de cada departamento. En estas reuniones semanales se muestran a los estudiantes objetos que ilustran los temas expuestos. Por ejemplo, en abril de 1939, Denise Schaeffner propone una sesión de trabajo práctico sobre la investigación sociológica. En junio de ese mismo año, Georgette Soustelle dirige una sobre la ficha de campo. Los tutores organizan exámenes para comprobar la adquisición de conocimientos.

Pero no solo los estudiantes necesitan formación; cuando regresan del trabajo de campo, los etnólogos del museo sienten las carencias de su formación universitaria, «la formación del Instituto de Etnología les parece más de forma que de contenido». «Tenemos tendencia a no ver más allá de los objetos, es decir, el aspecto tecnológico. Nos falta el aspecto sociológico», «el conocimiento de los hechos concretos»,¹⁵ resume Jacques Soustelle, tomando como referencia los cursos impartidos a los estudiantes de la Universidad de Berkeley, de los que le ha hablado Alfred Métraux, que enseña allí varios semestres. A partir de diciembre de 1937, se ponen en marcha reuniones mensuales de perfeccionamiento y Soustelle «enciende la mecha» con una «cuestión muy importante», la tecnomorfología, que

15. Informe semanal, 18 de noviembre de 1937 y 7 de octubre de 1937, respectivamente (archivos BCM, 2 AM 1 D14e).

es «casi geología humana». Se interesa por la clasificación de las técnicas, su relación con la estética y las otras actividades sociales. Asimismo, está en estudio una nueva versión de las *Instrucciones sumarias para los recolectores de objetos etnográficos*. Por su parte, Anatole Lewitsky pide una reflexión colectiva para acordar unas instrucciones que conciernan a la museografía, que se centrarían en las condiciones materiales de conservación de las colecciones, su mantenimiento, su clasificación. Propone clasificar los objetos según las técnicas de fabricación empleadas.

Se impulsan –se alientan– una serie de iniciativas para incentivar la vida colectiva del museo y cultivar el sentimiento de pertenencia a una institución común. A partir de enero de 1938 se cuelga en la entrada principal de personal un periódico mural mensual que funciona como boletín informativo, para que todo el mundo esté al corriente de todo lo que concierne al museo y sus miembros. Roger Falck, artista surrealista que está a la cabeza del servicio iconográfico, se encarga de la maquetación y el grafismo. Se plantea también crear un buzón de sugerencias, que se situaría junto al periódico mural. Para evitar posibles robos, se elaboran carnets de trabajador para el personal regular y carnets de colaborador con fotografía para los voluntarios y los estudiantes, que permiten vigilar mejor las idas y venidas, especialmente en las salas de reserva. Se crea una biblioteca para los empleados; a la espera de que esté listo el local, las estanterías con libros se colocan en la cantina, en la tercera planta. Es una biblioteca autogestionada; se confía en «la buena voluntad y el cuidado de todos». Vigilantes, personal de limpieza, chicos de los recados y empleados de los servicios técnicos son quienes toman más libros prestados. Las novelas policíacas, muy demandadas, se colocan aparte a petición de Jacques Soustelle, que es un gran aficionado como Marcelle Bouteiller. Los fondos provienen de los colaboradores del museo, los etnólogos como Georges Devereux o Alfred Métraux, que dejan su apartamento porque se marchan a una misión o han aceptado un puesto en el extranjero. Por fin, en abril de 1939 comienza a editarse, con mucho retraso, *El Museo del Hombre. Boletín Mensual de Información*. Mimeografiado en un papel de mala calidad y grapado allí mismo, la carencia de medios no permite concebirlo y publicarlo con el mismo esmero que su predecesor, el *Boletín del Museo de Etnografía del Trocadero*, financiado por Georges Wildenstein y Georges Henri Rivière. Hasta mayo-junio de 1940 se editan nueve números. El objetivo es «presentar las novedades del museo [...], de todo lo que tiene que ver con la etnografía». Desconocemos su tirada, pero sí sabemos que era posible abonarse por seis francos al año. Los departamentos «deben proporcionar contenido» para dar cuerpo al boletín. André Schaeffner reúne todo antes de entregarlo a Jacques Soustelle, quien se encarga junto a Roger Falk del trabajo de edición.

Pronto, desde el número 5 de septiembre-octubre de 1939, el contenido del boletín se verá alterado por la declaración de guerra. Este número se abre con un editorial de Paul Rivet de título conjurador: «Continuar con nuestra obra». Puesto que durante los siguientes cinco años se va a tratar de eso: de defender y conservar

cueste lo que cueste la posición que ha conquistado la etnología francesa gracias al Museo del Hombre. Sin embargo, el período de la Ocupación estuvo a punto de ponerlo todo patas arriba y de acabar con el museo de síntesis, centralizador, que Paul Rivet había defendido ardientemente contra viento y marea. Los acontecimientos de este período ponen crudamente al descubierto la fragilidad intrínseca del museo que, sin Rivet para garantizar su integridad, se revela como un acoplamiento mal ensamblado cuyas partes tendrían muchas dificultades para avanzar sin desarmarse: el ochenta por ciento de los espacios de exposición, de las salas de reserva y de los equipos científicos se dedican a la etnología, mientras que el resto se reparten entre la antropología física, la paleontología y la prehistoria. Los dos departamentos consagrados a estas últimas actúan de manera autónoma en el seno del museo y no están tan bien provistos como la etnografía.¹⁶ A pesar del discurso unificador, el desequilibrio es evidente, y da la sensación de que los etnólogos mantienen las distancias con los prehistoriadores y los antropólogos. Esto producirá expectativas discordantes y decepciones, malentendidos, descontentos, que estallarán bajo la Ocupación, como en el momento de la imprevista sucesión en 1941 de Paul Rivet, que abandona París huyendo de la Gestapo.

Contra todo pronóstico, la mayor amenaza vendrá del etnógrafo más conocido y reputado del momento, Marcel Griaule, que desea desmembrar el museo para volver a la antigua división entre etnografía y antropología física, y la salvación del adversario más feroz de Rivet, el anatomista y paleontólogo Henri-Victor Vallois. Estas tensiones ocurren, además, en el contexto ideológico y político de la revolución nacional, poco favorable a la «camarilla Rivet» y al «Museo del Hombre judeomasónico», codiciado por un antropólogo, Georges Montandon, manifiestamente racista y colaborador del ocupante alemán, que deseaba aprovechar la situación para liquidar «la experiencia Rivet, que casi había dejado en el olvido la ciencia antropológica, prefiriendo este estudioso la etnografía [...], ciencia más espectacular que ofrece grandes ventajas al no tratar de las «razas».¹⁷

SEPTIEMBRE DE 1939 - FEBRERO DE 1941. UN MUSEO EN GUERRA Y RESISTENTE

Nada más inaugurarse, el Museo del Hombre tuvo que organizarse rápidamente ante la inminencia de la guerra con la anexión de los Sudetes en el otoño de 1938. Los responsables de los departamentos diseñaron un plan de evacuación

16. Véase sobre este asunto el artículo de Henri-Victor Vallois, «L'évolution de la chaire d'ethnologie du Muséum national d'histoire naturelle (leçon inaugurale faite au Muséum le 27 mai 1943)», *Bulletin du Muséum*, XVI (1), 1944, pp. 38-55, y Raymond Vaufray, «L'organisation des études et des recherches préhistoriques en France», *Revue Scientifique*, 10, 1941, pp. 483-518.

17. Las tres citas proceden del artículo de Jacques Ploncard, «Le musée de l'Homme judéo-maçonnique», para el periódico colaboracionista *Au Pilon*, 13 de noviembre de 1941.

para las colecciones más valiosas y buscaron lugares seguros para almacenarlas fuera de la capital. Se dictaron instrucciones específicas para las cajas de máxima prioridad: se catalogaron varios grupos de objetos especialmente importantes y se depositaron en el Banco de Francia. Se previeron medidas de seguridad especiales para los objetos de la sección de antropología. Un año más tarde, en septiembre de 1939, se pasa de la precaución a la acción: el museo cierra y, por enésima vez desde 1935, se vuelven a empaquetar objetos, libros, fotografías.

Una veintena de los colaboradores masculinos del museo son llamados a filas. «Habiéndome quedado con un personal muy reducido compuesto únicamente por mujeres, mantener la máquina en marcha me supone un volumen de trabajo considerable»,¹⁸ cuenta Paul Rivet, que vuelve de Bolivia a mediados de octubre. Su obsesión es que no «se acabe con la vida intelectual» y científica del país. Recuerda lo duro que había sido en 1919 retomar la vida de civil. Hay que evitar que a su retorno los hombres se encuentren con una institución abandonada y tengan que trabajar más aún, pues «resulta más difícil poner en marcha un organismo en hibernación».¹⁹ «Por lo tanto, queremos que nuestro museo continúe siendo el centro vivo y activo de documentación, enseñanza e investigación que con esfuerzo hemos logrado crear hasta el momento. Además, queremos que al menos una parte de nuestras salas de exposición se abran, desde ahora, al público; y que, a pesar de las circunstancias, se mantenga toda la actividad posible [...]».²⁰

Se consigue paliar la ausencia de los vigilantes; las galerías de antropología y de prehistoria reabren al público en noviembre de 1939; unas semanas después, en diciembre, las de América; en abril de 1940, las de África, y las del Ártico en abril de 1941. En el sótano se instala una sala de trabajo, así como la sala de lectura de la biblioteca y la fonoteca, que vuelve a ponerse en marcha en enero de 1940. Aunque no carece de mérito, este voluntarismo es irrealizable en gran medida y el museo funciona, *de facto*, al ralentí; no podría ser de otro modo. Pero es una muestra de rechazo a la pasividad y a la inacción. Otra acción simbólica: Paul Rivet lanza un programa de exposiciones sobre el imperio colonial francés, en el que alude al hecho de que Francia es más grande que el Hexágono. El 23 de noviembre de 1939, Georges Mandel inaugura la primera de estas exposiciones: «El África Negra francesa». Una exposición dedicada a la Indochina francesa toma el relevo el 23 de marzo de 1940.

Las sociedades de sabios presentes en el museo (sociedades de americanistas, de africanistas y el Instituto Francés de Antropología) fusionan sus respectivas reuniones mensuales en una conjunta. La primera tendrá lugar el 2 de abril de 1940 bajo la presidencia de honor del ministro de Educación.

18. Carta de Paul Rivet a su sobrino, 30 de diciembre de 1939 (archivos privados).

19. Paul RIVET: «Le musée de l'Homme pendant la guerre», *Journal de la Société des Américanistes*, XXXI, 1939, pp. 261-262.

20. Paul RIVET: «Continuer notre oeuvre», *Le Musée de l'Homme. Bulletin Mensuel d'Information*, año 1, n.º 5, 1939, p. 1.

El 12 de junio, el ejército alemán se encuentra en Compiègne y Châlons-sur-Marne. El gobierno se repliega en Touraine. En este momento crítico para Francia, Paul Rivet escribe en tono solemne su editorial del *Boletín* (n.º 2), con el obstinado propósito de no dejarse derrotar más presente que nunca:

A nuestros camaradas que cumplen con valor su deber en el ejército y de los cuales nos sentimos más próximos aún en las difíciles horas que nos ha tocado vivir, quiero decirles que nos esforzaremos para mostrarnos dignos de ellos, cumpliendo sin desfallecer las inciertas tareas que nos corresponden. En nuestro estimado museo, todo el mundo sigue en su puesto y trabaja con redoblada energía. La línea de actuación que hemos establecido no ha variado ni variará. [...] Nosotros resistiremos también.

El equipo del Museo del Hombre da prueba de ello cuando el 14 de junio de 1940 las tropas alemanas invaden París. Mientras que la capital se vacía de gente y el éxodo inunda las carreteras con diez millones de franceses, el personal al completo se mantiene en su puesto junto a Paul Rivet que decide abrir el museo como de costumbre, gesto que inaugura su resistencia al espíritu derrotista. Es una cuestión de honor: no es posible abdicar ante la adversidad, hay que resistirse a ceder al pánico generalizado. A finales de 1939, Rivet había dejado claro al ministro de Educación que había tomado una decisión irrevocable: fuese cual fuese la orden que le diera la jerarquía no abandonaría el Museo del Hombre; consideraba que el gobierno le había confiado aquellas colecciones, aquellas riquezas, y que tenía el deber de quedarse a protegerlas. El prefecto de París había acordado con Rivet que le avisaría de la llegada de los alemanes, cosa que hizo el 13 de junio a medianoche. Rivet guarda un recuerdo muy vívido del desfile de las tropas alemanas, por la mañana temprano, atravesando la desierta plaza del Trocadero, como si se tratara de «soldaditos de plomo [...] en una soledad casi completa».²¹ Manda fijar en las puertas del museo los versos del célebre poema de Rudyard Kipling, *If*: «Si puedes ver la obra de tu vida destruida / Y sin pronunciar una palabra ponerte a reconstruirla [...]». Algunos, preparados para cualquier eventualidad, se van a dormir al museo para evitar el saqueo. Yvonne Oddon, la jefa de biblioteca, se instala en la oficina de su compañero, Anatole Lewitsky. Todos juntos preparan la comida y se les unen los primeros colaboradores desmovilizados. El museo retoma su vida. Jean Rouch, por entonces estudiante, recuerda que, «en el París vacío de la Ocupación alemana, entre 1940-1941, el Museo del Hombre era la única puerta abierta al resto del mundo».²²

Entre todas las fechas posibles, Paul Rivet escoge una simbólica, el 14 de julio de 1940, primera celebración de la fiesta nacional en la Francia ocupada, para

21. Paul RIVET: «La resistencia en Europa», *Adelante* (México), 15 de septiembre de 1943.

22. Jean ROUCH: «Le renard fou et le maître pâle», en *Systèmes de signes. Textes réunis en hommage à Germaine Dieterlen*, Paris, Hermann, 1979, p. 4.

manifestar su oposición a la política de humillación nacional puesta en marcha. Redacta la primera de tres cartas, escritas entre el 14 de julio y el 21 de noviembre de 1940, dirigidas al mariscal Pétain. Es la primera manifestación simbólica del estado de ánimo que reina en el museo, que ya era percibido como una guarida de socialistas y comunistas, pero también como un bastión del antirracismo, de la oposición al fascismo nazi que anima a su equipo científico, que está al corriente desde hace tiempo de la amenaza que representa el nacional-socialismo, desmenuzado de manera pormenorizada en los números de la revista *Razas y Racismo* editada por el museo. Rivet deja muy claro a Pétain que él encarna el pasado y que no puede liderar el movimiento que Francia necesita: «Señor Mariscal, el país no está con usted, Francia no está con usted», escribe.²³ No se producen represalias inmediatas por esta carta. No obstante, al mostrarse tan crítico con el nuevo régimen, Rivet consigue atraer la atención sobre él y su museo. El periódico colaboracionista de triste reputación *Au Pilon* se encarga en diversos artículos viperinos de instruir el caso contra este opositor declarado y su obra, el «acaparador Paul Rivet, cuyo mayor logro es el Museo del Hombre del Trocadero, cuya práctica en los últimos años consiste, principalmente, en hacer alzar el puño al auditorio (¡gesto que, recordemos, es de origen judío!) y en desear la muerte de Hitler».²⁴

Apenas llegadas las tropas alemanas a París, en el despacho de Yvonne Oddon se sugieren los primeros actos de resistencia frente al ocupante y al gobierno de colaboración. El retorno de los hombres desmovilizados, de Anatole Lewitsky y Borin Vildé en concreto, permite concretar esta voluntad manifiesta pero aún difusa. A principios de septiembre de 1940, la logística consigue refuerzos gracias a Paul Rivet, quien, informado de las actividades de sus colaboradores, pone a su disposición el viejo mimeógrafo del Comité de Vigilancia de los Intelectuales Antifascistas que acumula polvo en el sótano del museo. Sin formar parte del núcleo activo, ya que es una personalidad demasiado expuesta, Rivet apoya y pone en contacto a diversas personas que unirán sus fuerzas y darán nacimiento a una de las primeras redes de la Resistencia que se constituye en la región del norte y a uno de sus primeros periódicos clandestinos. Se imprimen cientos de ejemplares de la «excelente carta del Dr. Rivet al mariscal Pétain, en la cual expresa todo lo que reprochamos al mariscal de manera elegante, sensata y firme»,²⁵ que se encarga de distribuir este pequeño grupo en formación, con el apoyo de los colegas y voluntarios del museo, especialmente de las hermanas Madeleine y Suzanne Rivet, secretarias del museo y del Instituto de Etnología, o Caroline Vacher, su compañera, que trabaja en el departamento de América.

23. Carta reproducida en Christine LAURIÈRE: *Paul Rivet le savant et le politique*, Paris, Publications scientifiques du Muséum national d'histoire naturelle, col. «Archives», 2008, pp. 665-666.

24. Anónimo: «Les plus dangereux des F[rancs]... M[açons]...», *Au Pilon*, rúbrica «Échos et potins», 30 de agosto de 1940.

25. Agnès Humbert, *Notre guerre*, Paris, Tallandier, 2004 [1946], con una introducción de Julien Blanc, p. 103.

Como otros académicos y personalidades de izquierdas, Paul Rivet es relevado de sus funciones el 19 de noviembre de 1941. Se entera de su destitución por la radio. Continúa viviendo en el museo, pero se supone que ya no lo dirige ni imparte cursos a los estudiantes del Instituto de Etnología, que han vuelto a clase con el inicio del curso universitario. Su amigo Louis Germain, director del *Museum*, asume provisionalmente la dirección del museo. El invierno de 1940-1941 transcurre en «condiciones inhumanas [...] en un laboratorio glacial, en el más absoluto aislamiento científico».²⁶ El personal del museo debe adaptarse a nuevos hábitos: para entrar y salir hay que hacerlo por la puerta del sótano e inscribirse en una pizarra cuando se entre. Nadie puede ausentarse sin autorización durante las horas de servicio. Aquellos que se alojen en el museo (como Paul Rivet, Deborah Lifschitz que duerme en el despacho que comparte con Denise Paulme) deben entrar antes de las nueve de la noche, hora del toque de queda. El trabajo continúa. En los primeros días de febrero de 1941, advierten a Paul Rivet de que está bajo amenaza, pues la Gestapo sospecha que es el jefe de la red de resistencia del museo.

El 10 de febrero por la tarde, la víspera de su arresto, abandona su apartamento *in extremis* para huir a la zona libre acompañado de un guía. El martes 11 de febrero de 1945 hacia las tres de la tarde se da el «golpe de Trafalgar en el Trocadero»:²⁷ «para poner de manifiesto su descontento» por ver a Rivet «huir de sus investigaciones»,²⁸ la Gestapo desembarca en el museo y arresta a una decena de sus más estrechos colaboradores (entre ellos a las hermanas Rivet, Roger Falck, André y Denise Schaeffner, Deborah Lifschitz) y registra las instalaciones de trabajo y sus domicilios. Aunque son liberados inmediatamente, reina gran confusión entre el personal, que no entiende qué está pasando ni la razón de estos arrestos. Además no aparecen Yvonne Oddon, Anatole Lewitsky, René Creston, de quienes el personal del museo no tiene noticias. Rápidamente, se hace evidente que la policía alemana ha sido informada por alguien desde dentro del mismo museo, que ha habido algún delator. «Lo que más dolor me produce, reconoce Rivet, es la certeza de que he sido traicionado por alguno de aquellos a quienes tanto he amado, como si fueran mis hijos».²⁹ La desaparición inexplicable de Adrien Fedorowsky, jefe de los servicios técnicos y miembro del museo desde mayo de 1929, y de Florina Erouchowski, del mismo servicio y restauradora de cerámica, que viven en el mismo edificio que Yvonne Oddon (en el número 14 de la plaza de Alboni, cerca del palacio de Chaillot), despierta las sospechas

26. Paul Rivet y Henri Arsandaux, «Avant-propos», *La Métallurgie en Amérique précolombienne*, París, Travaux et mémoires de l'Institut d'ethnologie, 1946.

27. Michel Leiris, *Journal, 1922-1989*, edición presentada y anotada por Jean Jamin, París, Gallimard, 1992, p. 337.

28. Carta de Jérôme Carcopino a Paul Rivet, 1 de junio de 1941, para las dos citas (archivos BCM, 2 AP 1 C).

29. Carta de Paul Rivet a Caroline Vacher, 21 de febrero de 1941 (archivos privados).

de varios miembros del museo. ¿Habrá otros espías dentro de la institución? El ambiente se vuelve tenso, la sombra de la sospecha se extiende durante bastante tiempo. Se espían unos a otros, los comentarios hacia el comportamiento de algunos, considerados «de una debilidad y de una cobardía asombrosas»³⁰ en vista de las circunstancias, no son precisamente suaves. La partida de Paul Rivet no tranquiliza a nadie ya que sin dirección el museo corre el peligro de convertirse en presa fácil para «aquellos que estaban decididos a sabotear [su] obra».³¹ Obsesionado con el destino de su museo, Rivet escribe a su delfín Jacques Soustelle para pedirle que vuelva lo antes posible de México y retome su plaza a la cabeza de la institución, pasando por alto consideraciones de importancia superior. Soustelle, que desde junio de 1940 se ha unido a las filas gaullistas y se ocupa de dirigir en América Latina una activa campaña de propaganda contra la Francia colaboracionista, es indispensable en este puesto estratégico, que, por otra parte, pronto abandonará para trasladarse a Londres. A punto de ver revocada su nacionalidad por Vichy, responde a Rivet que se niega a volver ya que tiene «el convencimiento de que si hay alguna posibilidad de salvación, es esta»³², es decir, la lucha por una Francia libre desde el extranjero. André Schaeffner también le escribe una carta «que le ha dejado una desagradable sensación, confiesa Soustelle, porque, en esencia, me decía que me había equivocado al no quedarme en Francia para tomar mi parte de los despojos de mis maestros». Será entonces el célebre etnógrafo Marcel Griaule, jefe de la misión Dakar-Djibouti y de numerosas expediciones en el África Negra, quien reemplace a Soustelle como subdirector en el museo, a Marcel Mauss como secretario general en el Instituto de Etnología, a Marcel Cohen como profesor de amárico en la Escuela de Lenguas Orientales y a Rivet en la dirección del laboratorio de antropología del EPHE (Escuela Práctica de Altos Estudios).³³

Por el momento, en febrero de 1941 el Museo del Hombre, vigilado de cerca por la policía alemana, está en el punto de mira de la secretaría de estado de Educación y de Juventud (dirigida por Jérôme Carcopino y después por Abel Bonnard) que abre un dossier con su nombre y le pide que rinda cuentas. La dirección debe mostrar su obediencia a las leyes del gobierno, cosa que no había hecho Paul Rivet. A partir del 27 de febrero de 1941 el ministerio exige la aplicación estricta de las leyes del 17 de julio, del 14 de agosto y del 3 de octubre de 1940 relativas a los hijos de extranjeros obligados a dimitir de la función pública y al estatuto de los judíos, excluidos del cuerpo de profesores y de investigadores. El organigrama del Museo del Hombre resulta problemático debido a que su tradición de

30. Carta de Henry Reichlen a Paul Rivet, 2 de abril de 1941 (archivos BCM, 2 AP 1 C).

31. *Ibid.*

32. Carta de Jacques Soustelle a Paul Rivet, 2 de junio de 1941 (archivos BCM, 2 AP 1 C).

33. Sobre la actividad institucional de Marcel Griaule durante la guerra que marca el «fracaso de la reciprocidad» en el ámbito etnológico, véase Alice Conklin, *In the Museum of Man*, Ithaca, Cornell University Press, 2013, pp. 292-308.

hospitalidad hacia los extranjeros (varios de ellos recientemente nacionalizados) queda desvirtuada por una política de estado xenófoba. La presencia de muchos extranjeros voluntarios, que trabajan en los servicios técnicos y en los departamentos científicos, ocupando puestos de responsabilidad incluso, llama la atención. Louis Germain debe plegarse oficialmente a las directivas recibidas, «reducir el personal [...] y, en los empleos indispensables, reemplazar a los extranjeros por franceses».³⁴ Pero miente al menos por una persona, de la cual asegura haberse separado en noviembre de 1940: la etnóloga africanista Deborah Lifschitz, nacionalizada francesa, polaca de origen y de confesión judía, ayudante técnica del Fondo de Investigación Científica, asalariada hasta julio de 1941. Cae bajo el peso de la ley del 2 de junio de 1941 sobre el segundo estatuto de los judíos, que obliga a Paul Lester a certificar, el 21 de agosto, cuando ella ya no trabaja allí, que el museo emplea a «ningún funcionario o agente de origen israelita».³⁵ Sin embargo, le autoriza a seguir trabajando como voluntaria en el departamento de África Negra. En esa época vive en un apartamento que le ha cedido Michel Leiris, antes de ser arrestada a finales de febrero de 1942 e internada en la prisión de Tourelles, en Porte des Lilas. «Está lo bastante cerca como para que podamos visitarla cada jueves y cada domingo, se encuentra bien», dentro de lo que cabe en semejantes circunstancias, cuenta Caroline Vacher a Paul Rivet en abril de 1942. Es probable que acudiera acompañada por Denise Paulme, que se había convertido en cercana de la pareja Schaeffner, «tan fiel y comprometida» con el núcleo de miembros fundadores del museo y con el mantenimiento de su integridad. Ninguna de las gestiones de sus amigos para conseguir la liberación de Deborah Lifschitz tiene éxito; una vez transferida a Drancy, en septiembre es deportada a Auschwitz, donde moriría nada más llegar. Sus allegados no se enterarán hasta principios de mayo de 1944, pero desgraciadamente tampoco se hacían ilusiones sobre su suerte desde hacía tiempo. Sin embargo, ella había intentado marcharse de París en el invierno de 1940 para una misión en África pero, por razones desconocidas y de terribles consecuencias, el proyecto no había prosperado.³⁶ Su amigo Henri Lehmann, apoyado por sus colegas americanistas, tiene más suerte. De origen judío alemán, había huido de Berlín en abril de 1931 y había sido acogido en el museo por Paul Rivet, quien le ayudó a obtener la nacionalidad en 1938 y a traer a sus padres a Francia. En otoño de 1940, abandona París precipitadamente en dirección a Casablanca con un visado británico. Tras varios meses de incertidumbre y de transitar por varios países, durante los cuales todos sus amigos (Claude Lévi-Strauss, Alfred Métraux, el matrimonio Soustelle, etc.) intentan ayudarlo, acaba

34. Carta del director del *Museum* al secretario de estado de Educación y Juventud, 12 marzo de 1941 (Archivos Nacionales, F17/13385, Academia de París, dossier «Musée de l'Homme, février 1941-novembre 1941»).

35. Carta de Paul Lester al director del *Museum*, 21 de agosto de 1941 (archivos BCM, 2 AM 1 D3a).

36. Carta de Anna Kipper (amiga de la infancia) a Paul Rivet, 12 de julio de 1944 (archivos BCM, 2 AP 1 C).

encontrándose con Rivet en Colombia, donde este último se refugia a finales de abril de 1941 para fundar el Instituto de Etnología de Bogotá.

Como ocurre con el resto de administraciones francesas, la neutralización del museo continúa en los meses siguientes. Pero en este caso toma tintes específicos, a la búsqueda de romper radicalmente con los combates ideológicos y los compromisos militantes propios del museo dirigido por Paul Rivet. Se ultrajan todos los valores propugnados por el museo. En julio de 1941, en cumplimiento de la ley del 13 de agosto de 1940 que prohíbe las sociedades secretas, el personal debe cumplimentar dos formularios: uno sobre su eventual pertenencia en el pasado a una logia masónica; el otro, una declaración jurada de no estar afiliado a ningún partido, bajo pena de perder el empleo. Todos deben firmar además la orden que prueba que se les ha puesto en conocimiento. Una circular del 31 de julio de 1941 exige a los jefes de servicio dar parte de cualquier hecho, comportamiento o estado de ánimo manifestado por un miembro del personal que pudiera relacionarse con la doctrina comunista. El 21 de mayo de 1942, el personal es informado de que debe obligatoriamente aceptar y firmar la circular que autoriza la colocación de la «francisca»³⁷ en los establecimientos de la zona ocupada, como «testimonio de fidelidad al mariscal» y «símbolo de la participación en la obra de la Revolución Nacional». Aumentan las medidas antisemitas: en julio de 1942, una circular prohíbe a los judíos (que desde finales de mayo deben llevar la estrella amarilla) frecuentar los establecimientos públicos y en agosto Paul Lester debe volver a certificar que el museo solo emplea a personas de «raza aria». Para justificar el empleo remunerado de Henry Reichlen, doctorando becado por el *Museum* que trabajaba de voluntario desde principios de 1940 y substituía a Georgette Soustelle y Henri Lehmann en el departamento de América, Marcel Griaule tiene que precisar que Reichlen es de «raza aria».³⁸ Durante todos los años de Ocupación, «la vigilancia, a menudo agresiva, de la policía alemana fue una amenaza permanente. El museo fue varias veces objeto de investigaciones y [su director] fue convocado personalmente por la Gestapo».³⁹ Se producen varios registros policiales, algunas colecciones son precintadas. El teléfono está intervenido por la Gestapo. No sorprende que «la atmósfera de la casa esté viciada y resulte a veces irrespirable. Esperemos que quienes han acabado con la cordialidad basada en la confianza y la simpatía reciban su merecido algún día».⁴⁰ A diferencia de lo que ocurre en el Museo de las Artes y Tradiciones Populares, los visitantes alemanes y los oficiales de uniforme están obligados a pagar la entrada

37 Hacha de guerra en una mano popularizada por los francos (N. del Editor).

38. Carta de Marcel Griaule a Achille Urbain, director del *Museum*, 5 de octubre de 1942 (archivos BCM, 2 AM 1 A13b).

39. Henri-Victor VALLOIS: «Note sur mon activité au musée de l'Homme (novembre 1941-octobre 1944), et après», p. 1 (manuscrito BCM).

40. Carta de Caroline Vacher a Paul Rivet, 19 de abril de 1942 (archivos BCM, 2 AP 1 C).

–solo los soldados rasos y suboficiales están exentos, paradoja de la fidelidad del museo a las clases populares sea cual sea su nacionalidad.

MARZO - DICIEMBRE DE 1941. UN MUSEO AMENAZADO

Después de la destitución de Paul Rivet el 1 de abril de 1941, Louis Germain hace todo lo posible para retrasar su sucesión, pero las presiones para organizar elecciones son considerables, especialmente desde el gobierno de Vichy⁴¹ que quiere reorganizar de cero el dispositivo institucional de la etnología francesa partiendo de las propuestas formuladas por Marcel Griaule, interlocutor preferente de la secretaría de estado de Educación. Por razones idénticas pero diametralmente opuestas, también existe consenso entre los profesores del *Museum* que consideran cada vez más preocupante la amenaza que pesa sobre la integridad del Museo del Hombre –y de rebote, por tanto, sobre la función y naturaleza mismas– de la cátedra y el laboratorio de etnología de los hombres fósiles y actuales. Entre los meses de abril y junio de 1941 se producen muchas señales. Si en un principio Paul Rivet se sintió aliviado al enterarse de que Marcel Griaule sustituiría a Jacques Soustelle, las noticias que le llegan sobre las ambiciones del primero son cada vez más inquietantes, ahora que, según dice él mismo, tiene «el camino despejado para desarrollar un trabajo serio y de gran envergadura».⁴²

Marcel Griaule está bien informado de lo que se está preparando en los despachos gubernamentales de Vichy: en efecto, el contexto parece propicio para desmembrar el museo de síntesis tan caro a Rivet y volver a un museo de etnografía *stricto sensu*. Griaule nunca fue partidario de un acercamiento entre la antropología, ciencia natural, y la etnografía, «ciencia moral», que utilizan métodos diferentes y «viven una vida independiente».⁴³ Está al corriente de que se está proyectando una ambiciosa ley (se votará el 10 de agosto de 1941) de reorganización de los museos provinciales, que van a colocarse bajo la égida de los Museos Nacionales –un centenar de entre ellos tiene una sección etnográfica y necesitarán de una tutela centralizadora desde París–. Además, la vieja historia que colea desde hace treinta y cinco años de la creación de un cuerpo de etnógrafos dependiente del Ministerio de las Colonias vuelve a estar de actualidad, señala Griaule, en el momento «de la reorganización de Europa y, por ejemplo, de África –continente de moda–». Griaule redacta una extensa nota de nueve páginas sobre «La organización de la etnología en Francia», la situación actual, sus inconvenientes, la necesidad de una reforma en la que destaca su intención de trasladar el centro

41. Carta de Étienne Rabaud a Paul Rivet, 19 de julio de 1941 (archivos BCM, 2 AP 1 C).

42. Carta de Jacques Soustelle a Paul Rivet, 12 de septiembre de 1941 (archivos BCM, 2 AP 1 C).

43. «Note sur l'organisation de l'ethnologie en France» (Archivos Nacionales, FN/13358/17, dossier «Ethnologie et anthropologie»).

de gravedad de la etnología francesa del Museo del Hombre a la universidad, reforzando el Instituto de Etnología, cuyas misiones serán ampliadas y que estará estrechamente asociado a una cátedra de etnología que se creará en la Sorbona. La piedra angular de esta reconfiguración sería esta cátedra de etnología (y no ya la cátedra del *Museum*), mientras que el museo de etnografía restablecido, reducido su tamaño considerablemente para misiones de conservación, se uniría a los Museos Nacionales, y al mismo tiempo se crearía una cátedra de historia del arte de los pueblos primitivos en la Escuela del Louvre. El proyecto es ambicioso, incluso innovador para el contexto francés; demuestra una gran coherencia. Se inscribe en el proceso histórico de consolidación del arraigo universitario y de mayor profesionalización de la etnología, que sería verdaderamente cultural, social, menos dependiente de los deseos del museo y de su obsesión por los objetos. La etnología se vería dotada de medios estructurales permanentes, poniéndose al servicio de la práctica colonial. Marcel Griaule pone de relieve de forma irrefutable los puntos débiles del dispositivo actual –exagerados para favorecer su causa–, al tiempo que recicla en beneficio propio el discurso desarrollado por sus maestros dieciséis años antes para la creación del Instituto de Etnología, e instrumentaliza especialmente la coartada colonial. Griaule encarna, a su manera, una antigua corriente dentro del paisaje de la antropología francesa, que se remonta por lo menos a Arnold Van Gennep y que rechaza categóricamente la posición auxiliar de la etnografía con respecto a la antropología física, identificándose con otra tradición intelectual diferente a la del *Museum*.⁴⁴ Dicho esto, el contexto de elaboración de este proyecto suscita las siguientes observaciones: haciendo gala de una habilidad política rayana en el oportunismo, Marcel Griaule se encuentra a sí mismo desempeñando un papel decisivo en este reparto de cartas que se produce en el peor momento político y, lo que es más, en ausencia de los principales etnólogos capaces de liderar y asegurar el relevo; completamente ajeno al discurso militante del Museo del Hombre en el turbulento período de finales de los años 1930, insensible a su voluntad ecuménica, no duda en proponer la destrucción de una institución que se acaba de crear.

Entre abril y junio de 1941, Marcel Griaule visita a los profesores del *Museum* para exponerles su proyecto, que no es bien recibido pues supondría dejar las colecciones de antropología física, de paleontología y de prehistoria abandonadas. El 19 de junio, la junta de profesores del *Museum* decide que ya es hora de nombrar al sucesor de Paul Rivet, para dotar al Museo del Hombre de una dirección –se aprueba la vacante de la cátedra–. Griaule, presentado como subdirector delegado, es elegido por ocho votos contra cinco. Encargado de la conservación de la sección etnográfica, asume la organización de los departamentos etnográficos y la dirección científica. En la sesión del 28 de agosto se presentan tres candidatos

44. Christine LAURIÈRE: «Introduction», en C. LAURIÈRE (dir.): 1913. *La recomposition de la science de l'homme*, Carnet de Bérose 7, <http://www.berose.fr/?1913-La-recomposition-de-la-675>.

para suceder a Rivet: Paul Lester, Jacques Millot y Henri-Victor Vallois, oponente declarado de Rivet, con quien compitió en 1928. El primero es catedrático de ciencias naturales, los otros dos son médicos; los tres tienen un perfil de antropólogos físicos, anatomistas, y de paleontólogo, el último de ellos. Los dos primeros están en la órbita del entorno de Rivet desde hace años, e inscriben su declaración de intenciones en la línea del maestro y de su «grandiosa obra» (Millot *dixit*). Muy distinta es la candidatura de Vallois, hijo espiritual de Marcellin Boule y de René Verneau (dos adversarios de Rivet) a quien había sucedido tras su jubilación en el Instituto de Paleontología Humana (IPH), en la Sociedad de Antropología de París y en la redacción de la revista *L'Anthropologie*. Su antropología física es claramente naturalista, biológica, diferencialista, racalista (como la de casi todos los científicos de su época, para quienes la noción de raza tiene una base científica), determinista en tanto que se pregunta por la relaciones causales entre las disposiciones fisiológicas y las características psicológicas, sin ser, no obstante, antisemita o partidario de la desigualdad *-a posteriori*, las diferencias parecen sutiles, pero las hay.

Las maniobras de Marcel Griaule tuvieron un efecto paradójico: desde el punto de vista del *Museum*, ponen en evidencia las intenciones imperialistas de la etnografía en el Museo del Hombre de crecer a expensas de la antropología física, de la prehistoria, que verían cómo la gestión de sus departamentos y la conservación de sus colecciones quedaban un tanto descuidadas. Esto se entiende mejor leyendo la declaración de Jacques Millot: «Ha llegado el momento [...] de garantizar un mayor equilibrio [...] y, en primer lugar, de devolver a la antropología pura, los cimientos del edificio, el espacio que el rápido crecimiento de la etnografía había restringido momentáneamente».⁴⁵ Prevalece esta misma opinión en el informante de la candidatura de Vallois, Édouard Boudelle, anatomista y zoólogo: «La antropología física será siempre el fundamento principal de la verdadera etnología».⁴⁶ Sería un error analizar estas palabras como el retorno triunfal de una antropología física racista, al igual que andaríamos mal encaminados si achacáramos semejante análisis solo al contexto político, como una especie de concesión a la política antisemita del gobierno de Vichy y a la raciología del ocupante alemán. No se trata de eso. Más bien habría que tener en cuenta el peso de la tradición naturalista en el seno del *Museum*, el conservadurismo de la institución, la inercia de la lógica de la disciplina que ha ligado el destino de la etnología a esta filiación antropológica, la competencia entre disciplinas en el seno de esta etnología federativa. «Está siendo una sucesión reñida», observa desde el exterior Caroline Vacher, «puede que sea el antiguo candidato [Vallois] quien

45. Jacques Millot, *Notice sommaire sur les titres et travaux de Jacques Millot*, París, Centro de documentación universitaria, 1941, p. 19 (manuscrito BCM).

46. Édouard Bourdelle, *Rapport sur les titres et travaux scientifiques du professeur Henri-Victor Vallois, candidat à la chaire d'ethnologie des hommes actuels et des hommes fossiles*, 29 de septiembre de 1941 (manuscrito BCM).

gane y por lo que tengo entendido, creo que lo deseo por múltiples razones, y la principal es que desde hace tiempo se mantiene al margen de todo». ⁴⁷ El director del *Museum*, Louis Germain, se dirige a Vallois, que está en la zona libre, pidiéndole que acuda a Vichy a encontrarse con el secretario de estado de Educación, Jérôme Carcopino, para defender la causa del futuro del Museo del Hombre, para defender su integridad, «seriamente amenazado» ⁴⁸ como museo de síntesis en el seno del *Museum*. Pero Vallois se muestra convincente ante Carcopino y consigue ganar tiempo. El resultado de la primera vuelta de las votaciones, que tiene lugar durante la junta de profesores del *Museum* el 17 de octubre de 1941, demuestra que la institución, en las presentes circunstancias, quiere mantenerse fiel a la herencia de Rivet ahora que ha tomado conciencia del tamaño de la amenaza que se cierne sobre el futuro del museo. El resultado es ajustado: Millot obtiene siete votos, Vallois seis. En la segunda vuelta, en aras de la coherencia y la claridad, los votos se concentran en el candidato que había llegado el primero: Millot es elegido por diez votos contra cuatro por delante de Vallois, que queda en segundo lugar. Sin embargo, en contra de lo acostumbrado, la orden del 20 de noviembre nombra a Henri-Victor Vallois profesor titular de la cátedra de etnología de los hombres actuales y fósiles y director del Museo del Hombre. Se ha dicho mucho a propósito de este ucuse ministerial, que contravenía directamente las decisiones soberanas de organismos científicos constituidos, el *Museum* y la Academia de la Ciencia (que no había podido elegir candidato), que se ha visto como una concesión a la ideología política imperante. ⁴⁹ Sería más bien, por el contrario, una forma de cerrar el paso una vez más a George Montandon y sus delirios racistas, puesto que este había presentado su candidatura a la dirección del museo directamente a Jérôme Carcopino. Parece claro que Carcopino quiso así defender el *statu quo* en favor del *Museum* y del Museo del Hombre, sabedor de que Vallois se mostraba abiertamente partidario de «la obra de síntesis que se había realizado tan laboriosamente» y que para él se trataba «de otorgar a la antropología física el lugar que le corresponde entre las ciencias del hombre». ⁵⁰

Vallois toma posesión oficialmente de la dirección del Museo del Hombre el 12 de enero de 1942. Se llega a un compromiso para colocar a Marcel Griaule y garantizarle el área de influencia que merece: se convierte en director del laboratorio de antropología de la Escuela Práctica de Altos Estudios, rebautizado «laboratorio de etnografía» el 26 de marzo de 1942, que conquista al mismo tiempo

47. Carta de Caroline Vacher a Paul Rivet, 29 de octubre de 1941 (archivos BCM, 2 AP 1 C).

48. Henri-Victor Vallois, «Note sur mon activité au musée de l'Homme (novembre 1941 - octobre 1944), et après », p. 1 (manuscrito BCM).

49. Jean-François BOCQUET-APPEL: «L'anthropologie physique en France et ses origines institutionnelles», *Gradhiva*, 6, 1989, pp. 30-32. Recogí este análisis sin volver a estudiar atentamente las piezas del dossier en Christine LAURIÈRE: *Paul Rivet, le savant et la politique*, op. cit., pp. 540-542.

50. Henri-Victor VALLOIS: «L'évolution de la chaire d'ethnologie du Muséum national d'histoire naturelle (leçon inaugurale faite au Muséum le 27 mai 1943)», art. cit., esp. p. 53 y 55 respectivamente.

su autonomía institucional, puesto que ya no depende del Museo del Hombre. Además, continúa siendo subdirector del museo hasta noviembre de 1942, fecha en la cual se convierte en profesor de etnología en la Sorbona. En ese momento deslocaliza una parte de los cursos que imparte del Instituto de Etnología a la calle Saint Jacques, al Instituto de Geografía. Todo ello coincide con el abandono definitivo del proyecto de división del museo, que había sido aplazado.

ENERO DE 1942 - OCTUBRE DE 1944. EL MUSEO BAJO LA DIRECCIÓN DE VALLOIS, EL GUARDIÁN DEL TEMPLO

En el contexto de agitación y transformaciones que vive el museo –y la nación– desde 1940, para «la mayoría de los colaboradores del museo [...] entregados por completo»⁵¹ a la obra de Paul Rivet el proyecto de división de Marcel Griaule es percibido como una traición. Llega en el peor momento, impidiendo considerar en sí mismas estas dos visiones intelectuales y científicas que compiten por la etnología francesa, encarnadas por dos personalidades fuertes y ambiciosas separadas por una generación. Supone un desgarramiento en el tejido humano del museo, en especial entre los africanistas, en cuyo seno existe desde 1935 una rampante división entre pro y antigriaulistas. Se instaura una «atmósfera de odio en el museo»⁵² que estalla, por ejemplo, con motivo de la exposición temporal sobre las colecciones arqueológicas y etnográficas del Chad, reunidas en las misiones cuarta y quinta de Griaule, dirigida por Jean-Paul Lebeuf e inaugurada en noviembre de 1941 –según unos, «un logro museográfico»,⁵³ alabada por la prensa por su originalidad; según otros, «hostil al espíritu, a la vez técnico y ampliamente didáctico con el que fue creado el Museo del Hombre»–.⁵⁴ Desde el punto de vista de la gestión de las relaciones humanas, la llegada de Vallois, ajeno a los asuntos y disputas recientes del museo, resulta providencial. Permite acabar con el desigual enfrentamiento entre Marcel Griaule y Paul Lester, abrumado por su labor de administrador del museo.

¿Qué importancia tienen estas disputas frente a la muerte? Como resultado de un proceso a puerta cerrada, varios miembros de la red de resistencia arresta-

51. Carta de Étienne Rabaud a Paul Rivet, 19 de julio de 1941 (archivos BCM, 2 AP 1 C).

52. Audiencia de Jean-Paul Lebeuf ante el Consejo Superior de Investigación del Ministerio de Educación, 19 de diciembre de 1944 (Archivos Nacionales, F/17/16834, dossier de depuración de Jean-Paul Lebeuf).

53. Carta de Guy Stresser-Péan a Paul Rivet, 28 de julio de 1942 (archivos BCM, 2 AP 1 C).

54. Informe del Comité del Frente Nacional Universitario del Museo del Hombre (dirigido por André Schaeffner) transmitido a la Comisión de Depuración del Museo Nacional de Historia Natural, 20 de septiembre de 1944 (Archivos Nacionales, F/17/16834, dossier de depuración de Jean-Paul Lebeuf). Para comprender los principios que motivaron su museología véase Jean-Paul LEBEUF: «Technique d'une exposition», *La N.R.F.*, 338, 1 de abril de 1942, pp. 506-512. La revista estaba dirigida en ese momento por Pierre Drieu La Rochelle; Michel Leiris rechazó publicar bajo su dirección y bajo la Ocupación.

dos un año antes, entre ellos Boris Vildé, Anatole Lewitsky y Yvonne Oddon, son condenados a muerte el 17 de febrero de 1942. A pesar de la impresionante movilización de sus amigos del Museo del Hombre (entre ellos Rivet desde el exilio) y de numerosas personalidades científicas e intelectuales para que se suspenda la pena de muerte, los siete hombres son ejecutados en el fuerte del Mont-Valérien el 23 de febrero de 1942, la pena de las mujeres es conmutada por la deportación. El impacto y el horror son mayores en tanto que se reprime su expresión: a nivel oficial, el museo guarda silencio. Serán los etnólogos refugiados en el extranjero los que hagan públicos sus sentimientos y su indignación: Jacques Soustelle, Alfred Métraux, Claude Lévi-Strauss, Henri Lehmann, Paul Rivet y muchos otros expresan en la radio, en una exposición, en los periódicos, en su correspondencia, el horror que sienten ante este drama que relacionan con la ideología antirracista vehiculada por el museo y su voluntad de celebrar «las innumerables creaciones del Genio Humano», como subraya Claude Lévi-Strauss.⁵⁵ En una conmovedora carta a su mujer Irene escrita algunas horas antes de ser fusilado, Boris Vildé no le pide venganza: «[...] que se haga justicia a nuestro recuerdo después de la guerra, con eso es suficiente. Además, nuestros camaradas del Museo del Hombre no nos olvidarán».⁵⁶ En efecto, su recuerdo atormentará a sus amigos próximos –y sus sueños, como a Michel Leiris que sueña en numerosas ocasiones con la ejecución de Anatole Lewitsky–.⁵⁷ El domingo siguiente, el 1 de marzo, tiene lugar un servicio religioso en su memoria en la iglesia rusa de la calle Daru. No asisten ni Paul Lester ni Marcel Griaule –al contrario que Georges Henri Rivière, «el antiguo subdirector, [...] que de nuevo se ponía al frente de todos nosotros»⁵⁸ para llorarlo–. Al día siguiente, el padre O'Reilly, que trabaja en el departamento de Oceanía, dice «una misa casi clandestina [...] en memoria de los siete [...] en esa capilla con aspecto de cripta en la que los pocos asistentes, se conocieran o no, parecían estar en verdadera comunión».⁵⁹ Tuvieron que esperar a abril de 1945 para enterarse por telegrama de que Yvonne Oddon estaba viva y había sido liberada. A finales de 1944, cuando la guerra aún no había acabado, se contaban por docenas los muertos entre las filas de los antiguos estudiantes del Instituto de Etnología, una quincena de prisioneros y una decena de deportados. Entretanto, una forma de mantenerse fiel «al nombre de aquellos que han sufrido con nosotros y por

55. Carta de Claude Lévi-Strauss a Paul Rivet, 17 de agosto de 1942 (archivos BCM, 2 AP 1 C). La reproducción de esta carta se encuentra en Christine LAURIÈRE: *Paul Rivet, le savant et le politique*, op. cit., pp. 545-547.

56. Carta de Boris Vildé a su mujer Irene, el lunes 23 de febrero de 1942 (en Boris VILDÉ: *Journal et lettres de prison*, edición presentada por François Bédarida, Paris, Allia, p. 146).

57. Michel Leiris, *Journal, 1922-1989*, op. cit., pp. 362-363.

58. Carta de André Schaeffner a Georges Henri Rivière, 9 de septiembre de 1944 (Archivos Nacionales, F17/16946, dossier de depuración de Georges Henri Rivière).

59. Michel LEIRIS: *Journal, 1922-1989*, op. cit., p. 352. Jacques Faublée recordó que «el padre etnólogo» mencionado por Leiris era el padre O'Reilly (Jacques FAUBLÉE: «Temoinage à la mémoire du père O'Reilly», *Journal de la Société des Océanistes*, 88-89, 1989, p. 127).

nosotros»⁶⁰ es no olvidando y trabajando para mantener en pie tal y como ellos la habían conocido la institución que daba sentido a sus vidas.

Vallois se da cuenta rápidamente de la envergadura de la carga y la misión que le esperan. El museo está malherido; se trata de recomponer un ambiente favorable al trabajo. Afable y conciliador, «dulce y hábil, consigue hacerse querer y aceptar por todos aquellos»⁶¹ que habían llevado mal la amenaza que pesaba sobre el museo. Con él se restaura cierta paz y se defienden los intereses de la institución. El mismo Rivet desde Colombia le da un sorprendente visto bueno: «Sé que mi sucesor es perfecto. He recibido un mensaje conmovedor de su parte. He procurado hacerle llegar unas palabras de agradecimiento y de ánimo».⁶² De hecho –hay que apreciar la ironía de la situación–, será Vallois quien ultime la instalación del Museo del Hombre entre sus muros; bajo su dirección el museo toma plena posesión y conocimiento de sus colecciones, cada departamento se organiza y se pone en marcha una rutina de trabajo racionalizada en los servicios técnicos. El museo aprovecha la ruptura forzada de las relaciones con el extranjero, la disminución de la actividad científica, el cese casi total de las misiones etnográficas, para volver a centrarse en las misiones de conservación. De forma prosaica lo primero es gestionar la escasez, endémica durante los años de Ocupación, e intentar aprovisionar al museo de todo el material necesario para su normal funcionamiento. Son incontables los expedientes abiertos de demanda (papel y cartón, madera, lubricantes, materia grasa industrial, productos químicos, cordaje, metales ferrosos y no ferrosos, jabón, etc.) dirigidos a las diferentes secciones de la Oficina Central de Reparto de Productos Industriales, que se calculan en «bonos de moneda materia» y bonos de compra. Cuando se produjo el estallido de la guerra, las obras aún no habían acabado en varios departamentos y servicios técnicos. Vallois encarga a los arquitectos que terminen de instalar las salas de dibujo, de iconografía y de fotografía, que procedan a la colocación de las vitrinas de exposición en la planta del subsuelo como establecían los planos, pero también que den el acabado final a todo aquello que había quedado inconcluso. Además hay que conseguir que los empleados trabajen en buenas condiciones: Vallois interviene varias veces para señalar y defender las necesidades de electricidad y calefacción de los locales de trabajo, redistribuidos según si están caldeados o no en invierno –sin que sus esfuerzos se vean coronados con éxito–. Con frecuencia, como durante el invierno de 1943, hace un frío glacial; en 1944 son constantes los cortes de electricidad. Pierre Champion, que conoce el museo desde 1928, ayuda a Vallois en la gestión de los servicios administrativos.

No cabe duda de que trabajar en una institución pública, en un museo, protege en cierta medida y concede pequeñas ventajas nada despreciables en tiempos

60. Carta de André Schaeffner a Mercedes Rivet (archivos BCM, 2 AP 1 C).

61. Carta de Caroline Vacher a Paul Rivet, 19 de abril de 1942 (archivos BCM, 2 AP 1 C).

62. Carta de Paul Rivet a un destinatario desconocido, primavera de 1942 (archivos privados).

de guerra y de racionamiento severo. Los funcionarios y los estudiantes están exentos del servicio de trabajo obligatorio, como recuerda la circular del 16 de diciembre de 1942. Los salarios se pagan regularmente. El personal puede disfrutar de las vacaciones pagadas con normalidad: dos meses y medio para el director, dos meses para los subdirectores, un mes para los ayudantes y los asistentes técnicos. Durante las vacaciones, el rectorado de París organiza para el personal y su familia convoyes gratuitos (en tren) hacia las principales grandes ciudades. A partir del 1 de junio de 1942 se instala un servicio de duchas en el museo: el sábado por la tarde para el personal de los servicios y departamentos, el domingo por la mañana para los vigilantes. La cantina, en funcionamiento desde junio de 1940, reúne de lunes a domingo al menos a una treintena de miembros del personal del museo, a quienes se suman unos quince del Museo de las Artes y las Tradiciones Populares y algunos otros del Museo Guimet. El personal, que puede hacer uso del local y del horno eléctrico puesto a su disposición por el museo, paga íntegramente los gastos de la cantina, incluyendo el salario de la cocinera. Esto tiene una enorme ventaja: se comparte la búsqueda y la compra de comida, compuesta en su mayoría por sucedáneos, y no es necesario enviar a ningún vigilante a que haga la cola de la panadería, por ejemplo. A partir de octubre de 1943, el *Museum* se hace cargo de la retribución de la cocinera y nombra un gerente voluntario, a la sazón el etnólogo Jacques Faublée que había vuelto de Madagascar en el verano de 1944. Este se encargará del avituallamiento para las comidas (tres platos y una lata de cerveza), cuyo precio no debe superar los quince francos. Se suministra pan y carne a cambio de un vale. En contadas ocasiones el *Museum* distribuye patatas (100 kg por carné) o sirope. Se hacen algunas contrataciones (Jacques Faublée como asistente técnico del *Museum*; Marie-Charlotte Laroche, que trabajaba como voluntaria en el museo desde 1934, es nombrada agregada del *Museum* en el departamento de Oceanía en 1942), promociones (Michel Leiris es ascendido a asistente técnico por el Centro Nacional para la Investigación Científica (CNRS)). El mismo CNRS distribuye asignaciones anuales a ciertas personas (36.000 francos a André Schaeffner, 30.000 a Jean-Paul Lebeuf), mientras que el *Museum* concede una beca doctoral a Guy Stresser-Péan.

La plantilla del museo, que había quedado reducida a unos cincuenta miembros tras las «purgas» de la primavera de 1941, se incrementa hasta alcanzar los ochenta empleados a partir de octubre de 1941, gracias a las dos canteras de trabajadores intelectuales puestas en marcha en el museo por el Comisionado para la Lucha contra el paro. Marcel Griaule dirige la cantera n.º 1330, la más importante numéricamente. Constituida en un principio por siete personas, su número alcanza las veinte en febrero de 1942, sin contar con el refuerzo de cuatro miembros de la cantera intelectual de la Escuela de Lenguas Orientales, que también está bajo la dirección de Marcel Griaule. Se trata en su mayor parte de jóvenes licenciados; hay varios antiguos estudiantes del Instituto de Etnología, viajeros, técnicos, que se repartirán entre los departamentos de etnografía. Reci-

ben un salario anual de unos veinte mil francos. Jean Guiart, futuro director del laboratorio de etnología del Museo del Hombre, abandona el seminario protestante y entra en el museo gracias a esta cantera; es asignado al departamento de Oceanía, junto al pastor Maurice Leenhardt, Marie-Charlotte Laroche y el padre O'Reilly. Con la llegada de Vallois se abre una cantera (n.º 1985): emplea a cuatro personas y más adelante a siete, entre ellas están Gilbert Rouget, Françoise Girard, Raoul Hartweg. Griaule continúa dirigiendo su cantera incluso después de entrar en La Sorbona. El médico Léon Pales le reemplaza como subdirector de la conservación etnográfica. Sumados los efectivos de estudiantes del Instituto de Etnología, bastante estables (184 inscritos en 1941, 129 en 1942, 136 en 1943, 104 en 1944), el museo se convierte en un hormiguero. Esta afluencia de estudiantes y de personal de las canteras intelectuales, reforzado por voluntarios, permite instaurar una nueva dinámica y retomar a gran escala el trabajo de identificación, de registro, de numeración y de clasificación de las colecciones provenientes de los antiguos fondos o de las misiones recientes; realizar fichas descriptivas, metódicas y topográficas –un trabajo indispensable pero que había quedado pendiente durante la guerra–. Así se logra identificar y catalogar cerca de 25.000 objetos de los almacenes etnográficos. Los jefes de departamento hacen una revisión completa de la organización de sus salas de trabajo y sus almacenes. Sus informes de actividad durante la guerra muestran un trabajo mantenido e importantes reestructuraciones. Michel Leiris dispone su sala de trabajo como si se tratara de una segunda galería de exposiciones, donde se colocan importantes piezas. Asimismo, transforma por completo la clasificación de los almacenes del África Negra: de geográfica pasa a ser tipológica, agrupando los objetos según su naturaleza.⁶³ Se revisan y mejoran numerosas vitrinas de las galerías públicas, se acaba la señalización, se terminan los mapas y la documentación pedagógica de las salas. Como ya había anunciado, Vallois centra sus mayores esfuerzos en el departamento de antropología física cuyas colecciones, «depositadas apresuradamente» tras el traslado de 1938, habían sufrido una «clasificación al azar»⁶⁴ puesto que no existía ningún inventario razonado. Bajo su supervisión y la de Paul Lester se lleva a cabo un ambicioso trabajo de restauración, catalogación, ordenación y clasificación.

A partir de 1943 se reinstaura el principio de una exposición en el vestíbulo del museo que se renueva mensualmente, para mostrar el trabajo realizado con las colecciones. A la exposición sobre el Chad le sucede en mayo de 1943 otra sobre las «Colecciones del Aurés» organizada por Thérèse Rivière y Jacques Faublée. Se exponen en ella las piezas etnográficas recolectadas por las misiones de Thérèse Rivière y Germaine Tillion (entre 1935 y 1939) junto a las investigacio-

63. Michel Leiris, «Rapport sur l'activité du département d'Afrique noire du musée de l'Homme, du 1^{er} janvier 1941 au 31 décembre 1944». 6 de enero de 1945 (archivos BCM, 2 AM 1 D14f).

64. Henri-Victor Vallois, «Inventaire des collections ostéologiques du laboratoire d'ethnologie du Muséum national d'histoire naturelle», p. 1 para las dos citas (manuscrito BCM).

nes arqueológicas desarrolladas con la ayuda de Jacques Faublée y Paule Barret. A finales de junio de 1943, solo un mes más tarde, la exposición es clausurada precipitadamente porque las salas temporales son «requisadas» por la secretaría de estado de la Marina y las Colonias y la Agencia Económica de las Colonias para instalar una exposición propagandística sobre los «Pioneros y exploradores de nuestro imperio colonial», que resulta ser un gran éxito. El museo no pierde público, al contrario: de 83.000 visitantes en 1942 se pasa a 132.000 en 1943, cifra nunca antes alcanzada, ni siquiera en 1939 o 1940. Aumenta incluso el precio de la entrada, que llega a los cinco francos el 1 de marzo de 1943. En la primavera de 1944, la taquilla del museo se queda sin entradas y Vallois encarga la impresión de 100.000 nuevas entradas. A demanda del público, a partir de la primavera de 1942, el salón de té, cerrado durante el invierno, reabre con la llegada del buen tiempo.

Durante la Ocupación, a pesar de las dificultades y contrariamente a lo que se podría pensar, el museo no se sumerge en el letargo. Pese a las inevitables restricciones y las innumerables dificultades continúa abierto y mantiene una actividad más importante de lo que cabría esperar. Contra todo pronóstico, este período permite la consolidación del museo de síntesis defendido por el *Museum* y por Vallois, que hace gala de una lealtad y de una integridad probada al servicio del museo y de su personal.

1944-1949. EL PESO DE LOS AJUSTES DE CUENTAS EN EL MUSEO

Vallois se encarga de la dirección del museo hasta el 24 de octubre de 1944, fecha en la que Paul Rivet retoma su cargo tras ser restablecido en sus funciones por el gobierno provisional. Rivet negocia de un modo deplorable este traspaso de poderes, sin reservar una plaza en el museo para Vallois en reconocimiento por los servicios prestados en circunstancias difíciles a lo largo de tres años. No busca la reconciliación y pretende recuperar todas sus prerrogativas: su apartamento, su cátedra en el *Museum*, la posición de poder institucional en el CNRS y en diversas comisiones. Vallois se marcha pero alimenta desde ese momento un fuerte rencor contra Rivet. Este también tiene «cuentas pendientes con Griaule» e intenta, en vano, anular la creación de su cátedra en La Sorbona. Las «querellas políticas etnográficas» llevan a la escisión de los africanistas en dos clanes: «los radicales que se quedan en el Museo del Hombre junto a Rivet y los disidentes [...] en torno a Griaule».⁶⁵ Jacques Soustelle, André Leroi-Gourhan, Claude Lévi-Strauss serán sucesivamente subdirectores del museo durante los cinco últimos años de dirección de Rivet. Su sucesión en 1949 se transforma en fracaso puesto que no

65. Jean ROUCH: «Le renard fou et le maître pâle», art. cit., p. 8 para las tres citas.

consigue, como él esperaba, pasar el testigo a Lévi-Strauss o a Soustelle. Rivet no se da cuenta ni de la resistencia del cuerpo de profesores del *Museum* a que se nombre a un etnólogo –el intento de partición de Griaule había dejado un poso de desconfianza a propósito del sentido de equidad de los etnólogos hacia las otras disciplinas–, ni de su reconocimiento a Vallois por haber mantenido en pie la institución. Será este último quien suceda a Rivet en 1950 hasta su jubilación en 1960. Los profesores de ciencias naturales y biológicas del *Museum* confiarán invariablemente la dirección del museo a un médico (después de Vallois serán Jacques Millot y Robert Gessain) hasta principios de los años 1970. Solo cuando entre plenamente en vigor el reparto del museo en tres cátedras (prehistoria, antropología biológica, etnología) en 1972 se nombrará a un etnólogo, Jean Guiart, para ocupar la cátedra de etnología. Pero desde el punto de vista del desarrollo de la disciplina etnológica, ya es demasiado tarde. La filiación naturalista aún reprimida, incluso olvidada, pervive. Lógicamente, con la profesionalización y el aumento del número de antropólogos, la creación de cátedras universitarias y de laboratorios en París y en provincias, el desarrollo del CNRS y de la EHESS (Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales), la aparición de la antropología social y la multiplicación de paradigmas concurrentes en la antropología, el Museo del Hombre pierde la posición que tuvo casi en monopolio durante cuarenta años. Este arrinconamiento lo sufren severamente los etnólogos que quedan en el museo y viven del recuerdo del pasado glorioso de un museo ligado al mundo del arte, de un museo que impulsaba la investigación, de un museo militante, humanista, cuna de una de las primeras redes de resistencia de la zona norte en 1940. De ser central, el museo pasa a ser periférico. Inviabile en 1940, el deseo de Griaule se hizo realidad treinta años después en el caso de la etnología y sesenta años en el del museo. Se había iniciado un nuevo ciclo.

Traducción por Eva Montero Sánchez

.....
CHRISTINE LAURIÈRE es investigadora del IIAC (*Institut interdisciplinaire d'anthropologie du contemporaine*) en el CNRS (*Centre nationale de la recherche scientifique*) y codirectora de *Berose*, enciclopedia en línea sobre la historia de la antropología y del conocimiento etnográfico.